

Violeta

Autor: Agata

Aunque era un caluroso día de principios de verano, la brisa del Mediterráneo que bañaba el pequeño pueblo de Alicante revolvía los rizos azabache de Álvaro formando un divertido remolino sobre su frente. Era última hora de la tarde y el sol recortaba las sombras de los álamos, pisadas a toda velocidad por su skate mientras pensaba una nueva historia de ficción que le sacara de la monótona realidad. De pronto, notó cómo perdía el control del skate bajo sus pies y antes de darse cuenta estaba en el suelo al lado de una muchacha de más o menos su edad. La chica de pelo negro y lacio recogido en dos trenzas, escondía bajo su flequillo despeinado una mirada alegre y sincera. Álvaro supo al momento que tenía que ser nueva en el pueblo; si no la habría reconocido. Y aunque estaba seguro de que no la había visto en su vida, su cara le resultaba familiar. Rápidamente murmuró una disculpa y se dispuso a marcharse cuanto antes; si de por sí era tímido, con chicas se multiplicaba exponencialmente, y solo la idea de estar con una cerca le hacía sentir un nudo en el estómago. Pero antes de que pudiera decir nada, la chica empezó a hablar:

-¡Ay perdón! No te había visto. Estaba pensando en dibujar este lugar, ¡es tan bello! —se excusó Violeta mientras el colgante con forma de la flor silvestre que le daba nombre se movía al ritmo de sus palabras produciendo un alegre tintineo- Solo de cerrar los ojos y respirar profundamente ya me entra un escalofrío, ¿no te pasa? Siempre me dicen que ando distraída, pero a mí me gusta pensar que simplemente ando abstraída. Pero, ¿estás bien? Vaya golpe te has dado. —y ante la negación de Álvaro siguió hablando- Mi nombre es Violeta, y mi madre, mi perro Chispas y yo nos hemos mudado aquí porque a partir de septiembre ella será la nueva maestra. ¿Tú tienes perro?

El chico contestó todavía un poco aturdido por el golpe:

-No, siempre he querido pero vivo con mis abuelos y dicen que sería demasiado trabajo.

-Pues si quieres un día podemos pasear juntos a Chispas y así te lo presento.

Álvaro fue perdiendo un poco la timidez inicial y estuvieron más de una hora hablando sobre su vida y conociéndose, hasta que se hizo de noche y ambos tuvieron que irse a sus respectivas casas para no llegar tarde a cenar.

El chico no volvió a ver a Violeta hasta tres días después, cuando una mañana que había decidido madrugar para dar un paseo por la playa reconoció su figura a lo lejos. La adolescente iba acompañada de un setter dando saltitos a su alrededor que Álvaro supuso sería Chispas. El perro era casi tan alegre como su dueña y fue corriendo a saludar al desconocido moviendo el rabo. El joven murmuró un “hola” tímidamente, pero en el fondo no podía evitar alegrarse de volver a ver a la chica.

En seguida Violeta empezó a hablar:

-¡Hola Álvaro! Parece que le has caído bien a Chispas. ¿Vienes a pasear con nosotros?

Álvaro accedió así que los chicos y el perro siguieron caminando por el borde de la arena, donde las olas más atrevidas iban borrando sus huellas con la tibia agua del Mediterráneo. Después se bañaron, corrieron, jugaron y finalmente se sentaron exhaustos a descansar en la arena. Tras unos minutos de silencio Violeta dijo:

-Mira la playa, ¿no te parece maravillosa? Ayer pensé que era bonita, pero hoy estoy segura de que no podría ser más hermosa. La gente me dice que estoy demasiado en mi mundo, pero yo creo que ellos están demasiado en la realidad, y mientras los demás hablan de cosas mundanales o sin importancia, yo grabo en mi memoria momentos y lugares, y así cada vez que quiera volver solo tendré que cerrar los ojos y allí estaré. Recordaré a las gaviotas sobrevolando mi cabeza, a la arena crujiendo bajo mis pies y a cada concha que me encuentre en el camino. Pero sobre todo me acordaré de cada ola. A veces me parece triste que toda la perfección y armonía que guardan esté destinada a vivir solo unos momentos, pero supongo que muchas veces lo bello está creado para ser efímero y quizá parte de su encanto se guarde ahí; la gente ha dejado de apreciar las flores silvestres simplemente porque siempre están ahí, y eso es lo que las está matando. Yo creo que todo lo que es olvidado e ignorado es como si desapareciera, como si nunca hubiera estado. ¿Por qué hace falta que perdamos algo para apreciarlo?, ¿que no tengamos algo para solo entonces quererlo? Por eso hay veces que después de ver una ola cierro los ojos y guardo su imagen para siempre en mi memoria, volviéndola inmortal para luego poder dibujarla y compartir con los demás un recuerdo vivido solo por mí. -Violeta se paró a pensar unos instantes y después preguntó- ¿A ti te gusta dibujar?

-Sí. Mi tiempo libre lo paso creando historias de ficción en las que héroes salvan al mundo de la villana Marlene.

-¡Qué guay! ¿Algún día me dejarás leerlas? –preguntó la chica mientras acariciaba a Chispas.

-Pues no sé... No son muy buenas. Además, no se las he enseñado ni a mi familia.

Siguieron hablando un rato más y luego decidieron volver sobre sus pasos, hasta que se separaron para irse cada uno a su casa, no sin antes prometer encontrarse al día siguiente en la playa.

Llegó julio y los días fueron pasando tranquilos. Los dos amigos se empezaron a verse todos los días para hablar, jugar, pasear o para que Álvaro pudiese enseñarle a la chica todos los lugares del pueblo. Pasaban muchos momentos en silencio, pero en un silencio tan agradable como solo lo puedes tener cuando tienes confianza con esa persona. Violeta se fue convirtiendo en la amiga que, sin darse cuenta, Álvaro llevaba toda la vida esperando, y quizá por su extraña situación familiar o por su gran timidez no había logrado tener.

Una tarde consiguió convencer a sus abuelos para invitar a Violeta a merendar. Violeta llegó sobre las cinco, y lo primero que hizo Álvaro fue llevarle a su parte favorita de la casa; la buhardilla. Era una pequeña habitación situada en lo alto de la vieja casa que había pertenecido a la familia durante más de tres generaciones, donde se respiraba la esencia de otra época y se percibían los espíritus de las personas que vivieron allí. Después de subir las empinadas escaleras, abrieron la puerta con un crujido. La estancia estaba repleta de cajas y baúles revisados cientos de veces por Álvaro, y un rayo de luz procedente de un pequeño ventanuco lo iluminaba todo con la luz de primera hora de la tarde.

El chico se dirigió a un viejo escritorio y sacó un montón de hojas encuadernadas a mano.

-Son mis historias –dijo simplemente el chico.

Violeta guardó silencio, pues sabía lo importantes que eran para él.

Entonces Álvaro se las tendió y la chica comenzó a devorarlas. En menos de treinta minutos que se le pasaron como dos, ya se las había leído todas, fascinada por su capacidad para escribir, dibujar y enganchar a leerlas. Cuando terminó le dijo:

-¿Cómo se te ocurren estas historias?

-Suelo escribir aquí, al lado de esa ventana que mira el mar. Cuando escribo salgo de la cotidianidad para meterme en un mundo creado por mí, dando vida a unos personajes que antes solo me pertenecían a mí, que viven en un mundo tan real como seas capaz de imaginarte.

-Te entiendo, a mi me pasa cuando dibujo. En ese momento no existe nada más. Simplemente es mi forma de expresarme.

Estuvieron un rato en silencio y después Violeta le contó que ella en realidad era adoptada, y sus padres decidieron cogerla para intentar arreglar un matrimonio que llevaba mucho tiempo roto, y tan solo un año después de adoptarla, cuando tenía apenas dos años, se divorciaron. Su padre vivía en la ciudad y apenas tenía relación con él, y su madre era muy dura con ella y no entendía su personalidad creativa y su pasión por el dibujo. Su nombre era Violeta porque cuando le dejaron en la puerta de aquella Iglesia con tan solo unos meses de vida, solo tenía el colgante con forma de flor que nunca se quitaba.

Cuando Álvaro le dijo que le entendía era verdad; vivía con sus abuelos porque sus padres habían tenido un accidente cuando él era solo un bebé, y ni siquiera los recordaba. Sus abuelos le querían, pero eran de otra época y muchas veces no lograban entenderle. Además, vivían de los recuerdos del pasado, y la pérdida de su única hija en ese fatídico accidente les había sumido en una tristeza que solo un padre que ve morir a su hijo puede entender. Y como el accidente era un tema tabú, el chico apenas sabía nada de sus padres.

La naturaleza curiosa de ambos amigos hizo que encontraran un pequeño baúl escondido en un rincón. Si Violeta ese día no hubiera llevado un moño nunca habrían conseguido abrirlo para encontrar en su interior una foto de los padres de Álvaro, cada uno con un bebé en brazos y sobre el cuello de la madre un pequeño colgante con forma de flor...